

Matilde, pequeña, nómada y viajera de la vida

Alexandra Mallea I.

Que su pequeña estatura no te engañe, mujer valiente, bohemia, cabalga su vida en caballos de vientos nómadas.

Pudo nombrar y dar vida a lo innombrable, a lo simple, a lo que somos, un ser viviente y orgánico, nada más. Lo dijo el mismo Rodolfo Kusch, filósofo argentino: “No hace poesía con lo que se ve y se palpa, sino con lo otro, con eso que nadie prefiere mencionar. [...] todos hemos hecho la elección por las cosas nombrables. Preferimos [...] vivir la pequeña vida, tomar el té, constituir una clase media que se siente segura, que envejece empolvada de miserias.”

La poesía de Matilde Casazola, llena de nostalgias, alegrías, tristezas, siempre emana una luz, es como un himno a la vida presente y al mismo tiempo a los caminos que toma esa vida llena de claroscuros. “He tenido una vida tan intensa, que un día era una vida” menciona Matilde en una entrevista con Magela Baudoin. Nacida en Sucre en 1943, ciudad que hasta ahora tiene ese dejo de sociedad conservadora y católica, donde lo primero que preguntan es “¿cuyo hijo eres?” con un desdén y un prejuicio ya impreso en sus frentes. En sus primeros poemas nos dice con voz de joven con alas de cóndor “hay tanta noche / más allá de los cristales / más allá de la sonrisa inmóvil / del espejo.” A una joven Matilde, le *escocían* las patas (como se dice por aquí), por salir, por liberarse y eso no sólo se refleja en sus poemas, pero en la actitud con la que enfrenta la vida.

Como buena humana me gusta etiquetar, encapsular y podría decir que Matilde fue y es una mujer moderna y feminista, pero ella fue más allá de su género, repudia las etiquetas, apoya la igualdad, es una rebelde. Se casa con Alexis Antiguez, un artista creador de títeres argentino, quien no fue su gran amor, simplemente un gran compañero con el que tenía un “pacto”, como ella misma comenta con Magela Baudoin: “Nuestra unión siempre fue con la condición de que era una unión voluntaria. Alguna vez yo le dije a él, como adivinando mi ansia de libertad: “Cuando pase que ya este hechizo termine entre nosotros, entonces tendremos que separarnos, nos vamos a una esquina, yo me voy por un lado y tú por el contrario. Decimos adiós y se acabó.” Yo le dije eso y se asustó, creo que yo eramás libre que él.” Su gran amor fue un jesuita, que es expulsado por rebelde de su orden (Ricardo Valero) pero fue un amor lleno de desencuentros,

que al final no pudo ser.

Uno se sorprende con la determinación de semejante mujer, comparando con vidas descritas en *Las 7 cabritas* de Elena Poniatowska, de Rosario Castellanos y Nellie Campobello, que contienen un poco más de tragedias y sufrimientos es como ver otra cara de la historia (claro más “avanzada”), una realidad poco escrita y vivida en un mundo lleno de machos. Esa determinación, esas ganas de vivir, ese ñeque (como decimos los paceños) es admirable. Esto no quiere decir que tuvo una vida llena de rosas, exiliada por 9 años en la Argentina, vagó con su esposo titiritero por varias regiones, viviendo al límite: “la ropa usada / que está colgada / de los estantes, / habla secretos / que nadie entiende, / que nadie sabe / Forma de andar / por los caminos / de cada día, / llantos vertidos / y amontonadas / melancolías, / [...] Y alguna tarde, / cuando el olvido / ya ha trabajado / el jornal justo / para que todo / quede pagado, / [...] Amo las barbas y los pañuelos envejecidos, los zapatos y los agujeros en los bolsillos.” En 1968, Matilde y Alexis fueron atacados por un policía drogado. A causa del golpe con la culata del revólver, Matilde pierde la vista de su ojo izquierdo, suceso dramático que cambiaría su forma de percibir la vida, pero en vez de atemorizarla, la afianzó más en su vocación como poeta y cantora, naciendo así también su look característico con las grandes gafas de sol que lleva a donde vaya. Es así como después de nueve largos años, se separa de Alexis y regresa a Bolivia en la década de los 70, empezando a crear su carrera como cantora/poeta en La Paz. Estos son tiempos polarizados, con continuos golpes de estado, regímenes y abuso del poder. Aunque nunca le interesó la política, para ella lo importante es la igualdad y desde muy joven lo demuestra: [...] Nadie se fijó en ti; /o quizá dijeron: / “Ahora los indios se sientan en la plaza / con la mayor tranquilidad.” / [...] / En este mundo se clasifica todo: / la crueldad, la violencia, / la humildad, la inocencia. Estás clasificado / como yo.”

Después de la pérdida de un amigo muy cercano, asesinado por el régimen de Luiz García Meza y el regreso a Sucre, Silvie Genovèse (guitarrista francesa) le propone viajar a Europa y presentarse en recitales, Matilde acepta y viaja por Suiza, España y Francia. Pero esa vida intensa, bohemia dónde todo era infinito y tenía un impulso casi obsesivo de escribir (en esa época escribe mucho), influyen en su salud, manifestándose como unatuberculosis que la hace apretar el freno a esa vida desordenada.

A pesar de que la edad ya le pese, actualmente cuenta con 78 años y le tiembla, más de lo que solía, la voz, Matilde Casazola sigue con ese enamoramiento perpetuo a la libertad ya su capacidad de volar por medio de la poesía. Ella misma lo repite una y otra vez: “Para mí, mi vida, mi familia personal, íntima, es la poesía, mis poemas, mis canciones, que son verdaderos hijos. Yo los siento como algo totalmente vivo. No me arrepiento.” Que mejor forma de rendirle honor a Matilde Casazola, que hacer zapatear la vida al ritmo de sus poemas y canciones, que nos describen como los seres orgánicos y frágiles que somos, con esos ojos de niño curioso que se nos va olvidando mientras más envejecemos



Obra citada

Casazola, Matilde. *Obra poética*. Vol. I. La Paz: Editorial 3600, 2015.